

PiNOCHO

AÑO. III
NUM. 135

25 cts

18. SETIEMBRE
1927.



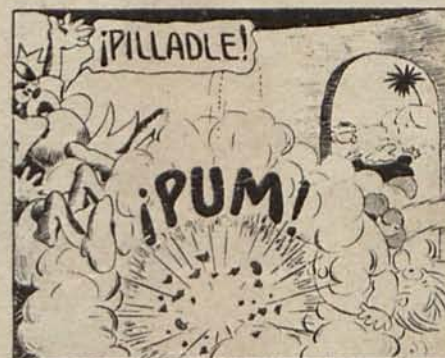
- PUES AUNQUE TE PAREZCA TAN FEO, ESTE
PERRO HA SIDO PREMIADO CON MEDALLA DE
ORO.
- ¿EN QUÈ EXPOSICIÓN?
- ¡EN UNA EXPOSICIÓN DE GATOS!

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIÁN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón



EN LA PAMPA ARGENTINA

CUENTO POR EMILIO SALGAR

LA pampa! Este nombre no sonará, seguramente, a cosa nueva a vosotros, mis jóvenes lectores, que habréis soñado innumerables veces en las maravillosas llanuras de hierbas gigantescas que cubren las últimas regiones de la América del Sur, ricas en caballos sin domar, galopando en plena libertad, de avestruces, llamas, lobos rojos y feroces jaguares.

En efecto, las pampas que se extienden hacia las fronteras de la República Argentina y ocupan toda la Patagonia serían el paraíso de los cazadores si también no hubiese allí... indios.

Como digo, se trata de llanuras ilimitadas, cubiertas de hierbas altísimas, de especies diversas, mezcladas con flores que perfuman extraordinariamente el aire y en donde millones de bueyes y ovejas encontrarían excelentes pastos.

Son tan extensas, que hay que andar semanas y más semanas antes de llegar a alguna altura o algún río.

Los árboles son raros; no crecen en ellas mas que hierbas, hierbas y siempre hierbas, que mueren para ser sustituidas por otras: tan maravillosa es la fertilidad de aquel suelo. Hasta hace pocos años, los únicos dueños de las pampas eran los indios, seres feroces, enemigos declarados de los blancos, siempre armados y prontos al saqueo.

Eran tan audaces que se atrevían a traspasar las fronteras de la República Argentina para caer sobre los poblados, matar a los hombres, raptar a las mujeres y a los niños y quemar las granjas que habían costado tantas fatigas y sacrificios a sus desdichados propietarios.

Perseguidos por las tropas de la República, desde hace unos cuantos años se han retirado a los desiertos del Sur, hacia la Patagonia, desde donde se lanzan aún, de vez en cuando, a cometer estragos, incendios y devastaciones.

En estos últimos tiempos el Gobierno argentino, para refrenar a tan audaces bandoleros, ha cedido aquellas estupendas llanuras a colonos, asignándoles gratuitamente las tierras y prometiéndoles ayuda contra aquellos terribles enemigos.

Los italianos, numerosísimos en la República, han sido los primeros en acudir, fundando en la pampa buen número de poblados, que hoy se han hecho grandes y hasta riquísimos, por ser aquella tierra apta para las más diversas producciones.

Cada año avanzan un poco más hacia la Patagonia, sin miedo alguno a las frecuentes invasiones de los hombres rojos, añadiendo nuevos campos a los ya desbrozados.

Hace unos cuantos años, inmediatamente después de la cesión de aquellos terrenos a los emigrantes europeos, una familia italiana, desembarcada hacia poco en la República Argentina, había decidido marchar a la pampa de Mendoza, que según se decía estaba libre de indios.

Componíase la familia del padre, excelente labrador de Sicilia que no había tenido suerte en su país; de la madre, vigorosa y emprendedora campesina, y de tres hijos, de los cuales el mayor había alcanzado los dieciocho años y el menor los doce.

Todos habían aceptado con entusiasmo la invitación de marchar a aquella maravillosa llanura para fundar la primera granja italiana.

Un rico argentino les había proporcionado un carro; unas cuantas parejas de bueyes, treinta carneros, armas, aperos de labranza y semilla, y el Gobierno el permiso de ocupar toda la tierra que pudiesen cultivar.

¡Una verdadera gangal! Verdad es que podían ser sorprendidos por los indios, como tantos otros; pero el

compadre Tomás, que había hecho el servicio militar y se había batido contra los austriacos en la campaña del Tirol con Garibaldi, y contaba con tres hijos valientes y robustos, no se había preocupado por aquellos indios bandoleros.

—¡Bah! —había dicho a su esposa, que era más prudente—. Ya veremos; los recibiremos a tiros.

Cinco días más tarde llegaban al lugar que les había señalado el Gobierno argentino.

Era el centro de una llanura que tenía una extensión de varias docenas de leguas, cubierta de hierbas altísimas y con alguno que otro *ombú*, árbol de dimensiones extraordinarias que podía suministrar madera en abundancia y leña para un gran número de años.





A corta distancia corría un riachuelo, afluente del Río Negro o del Eldorado, de modo que el agua no tenía que faltar a la futura colonia.

Aquella llanura parecía que no había sido habitada jamás por ser humano alguno. En cambio abundaba la caza.

Carlos, el primogénito, cazador apasionado, había visto huir, no sin emoción, varios avestruces algo más pequeños que los africanos y con las plumas negras en vez de blancas; dos llamas, animales semejantes a los gamos, un poco más grandes y que suministraban excelentes chuletas; lobos rojos; zorras, y había encontrado también abundantes pájaros.

Los papagayos, además, volaban en bandadas entre las ramas de los *ombús*, charlotteando alegremente.

—Esto es un paraíso—dijo a su padre.

—Sí, Carlos —contestó Tomás—. Viviremos en él a las mil maravillas y en pocos años labraremos una fortuna.

—Si no vienen los indios —observó la madre—. Tengo miedo de esos hombres rojos que, según dicen, son cruelesísimos.

—No hay que pensar en ellos, mujer —contestó Tomás—. Rodearemos nuestra granja de una sólida estacada; además tenemos armas y municiones y yo soy un gran tirador.

Al día siguiente todos, incluso el joven Toñín, el último de los tres hijos, ponían manos a la obra para levantar la granja, que tenía que ser muy sólida para poder resistir los asaltos de los indios y los huracanes que estallan violentos en aquellas vastas llanuras.

Los materiales los suministró uno de aquellos *ombús*, echado al suelo después de varios días de trabajo encarnizado, porque era muy grande.

Fué construida una cómoda casita, dividida en cuatro habitaciones; después fueron levantados varios cobertizos para los bueyes, carneros y cosechas, y un gallinero, y todo ello rodeóse de una empalizada de unos tres metros de alto para impedir la entrada de los enemigos, en el supuesto de que se dejaran ver.

Terminados aquellos diversos trabajos, Tomás y sus hijos empezaron a preparar los terrenos inmediatos, mientras la casera se ocupaba de las gallinas y de los demás animales.

Quemada la hierba y refrescado el suelo, los colonos empezaron a sembrar cereales, árboles frutales,

algodon, y prepararon un huertecito, sembrando en él verduras.

Tres meses después la familia se había instalado perfectamente y las siembras habían empezado a salir. Nadie parecía más feliz que aquella familia perdida en la pampa.

El padre se ocupaba del campo, ayudado por sus dos hijos menores; el primogénito, espíritu inquieto, recorría las praderas persiguiendo la caza, siempre abundante, y la buena ama de casa cuidaba las gallinas y llevaba el ganado a pastar. ¿Quién podía ser más feliz?

Entretanto el trigo crecía a simple vista en aquella tierra virgen, rica de substancias fertilizantes; el huerto prosperaba de un modo maravilloso, produciendo

tabaco, zanahorias, guisantes, patatas y calabazas de tamaño inverosímil.

A los pocos meses la abundancia habría reinado en casa del valiente colono.

¡Ay de mí! Aquella felicidad no podía durar mucho. Los colonos habían olvidado a los indios, aquellos hijos salvajes de la pampa, siempre al acecho contra el extranjero.

Habían transcurrido seis meses y los trigos empezaban a amarillear, prometiendo una copiosa cosecha, cuando un día Tomás vio regresar a Carlos todo tembloroso y con el rostro demudado.

—Padre—dijo el joven—, he visto un hombre oculto entre los árboles que bordean el río.

—¿Algún otro colono? —preguntó Tomás.

—No, padre; era un hombre feo, con la piel color de ladrillo, el rostro lleno de tatuajes y la cabeza adornada con plumas.

—¿Un indio? —preguntó el colono aterrado.

—Sí, debía ser un indio.

—¿Iba armado?

—Llevaba un gran lanza.

—¿Y qué hacía? —preguntó Tomás cada vez más alarmado.

—Me parece que espiaba nuestra casa. Cuando se ha dado cuenta de que le seguía con la mirada, ha montado en un caballo que tenía escondido entre los árboles y ha huido a galope tendido.

—No digas nada a tu madre —dijo Tomás—. Prepáremos las armas y estaremos en guardia.

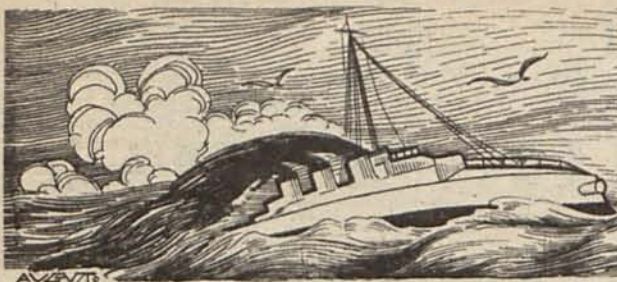


(Continuará en el número próximo.)



DESVENTURAS DE LUCIO MIRAGUANO





EL TORPEDERO DE PRESA

Dor **A. M. GIANELLA**

(Continuación)

En aquel momento un relámpago vivísimo, deslumbra-
dor, surcó el cielo, seguido de un trueno formidable y po-
tente, cual el disparo de una salva de cien cañones de
grueso calibre.

Las señoras, cogidas de improviso, gritaron, tapándose
los oídos entre las risas y las burlas de los hombres.

El almirante miró al cielo y se puso inquieto.

—Es preciso regresar a bordo —dijo al gobernador.

—¿Por qué?

—¡No sea cosa que el huracán sorprenda a mis barcos en
la rada!

—No hay cuidado; ya sabe que aquí las tormentas duran
poco. Quédese un poco más.

—Es imposible —replicó Wilson, y volviéndose a los ofi-
ciales que le interrogaban con la mirada, añadió:

—Señores, prepárense para volver a bordo.

Empezaron las despedidas con disgusto de todos.

Eran las once; el tiempo se hacía a cada instante más
amenazador.

El almirante hizo que un corneta tocase llamada y las
notas, agudas e implacables, esparciéronse por toda la
ciudad.

Los relámpagos eran más continuos; los truenos, ora le-
janos, cual rugido de un monstruo enojado, ora cercanos y
violentos cual estallidos de ira, aumentaban terriblemente
en volumen.

—¡Vaya una noche más favorable para quien quiera eva-
dirse! —exclamó el gobernador con falsa risa.

—No creo que se escape nadie —contestó el almirante
saludándole—, y le deseo que se vea siempre libre de ta-
les molestias.

—Agradezco sus deseos.

Apenas el gobernador había pronunciado estas palabras
cuando, al volverse por oír un rumor de pasos precipita-
dos y de voces, vió aparecer en la puerta del salón a un
sargento de infantería de marina.

Estaba pálido cual un cadáver, iba con la cabeza descu-
bierta, llevaba la frente ensangrentada y blandía aún el
machete manchado de sangre.

El gobernador, presumiendo alguna grave noticia, se
puso lívido y se acercó corriendo al herido.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó.

—Señor gobernador —contestó el joven soldado jadean-
do y buscando con la mano izquierda un apoyo—. Seis de-
portados...

—¿Qué?

—Se han escapado de la isla de Nou.

—¿Quiénes son? ¿Les has conocido?

—Uno, el jefe, es el número 2.117,

—¡Oh! Rodolfo de Berenval, el capitán...

—Sí, señor gobernador...

—Bandido. Les cogemos...

—Imposible —dijo el sargento agarrándose al brazo de
uno de los presentes, porque sentía flaquear sus fuerzas.

—¿Qué dice?

—La verdad. Mire...

El joven señaló la ventana que daba al mar.

Todos se volieron hacia allá.

El espejo de las aguas estaba iluminado en una amplia
zona por los reflectores de los navíos y al resplandor del
continuo relampagueo, y se veía correr velozmente hacia
fuera a una nave.

En medio del callado estupor de todos, el almirante
Wilson lanzó un grito terrible:

—¡El torpedero! ¡El torpedero!...

—Y entonces, como señal de que la fuga de los seis de-
portados había sido descubierta en la isla de Nou, retum-
bó siniestramente un cañonazo.

II

*El vino inglés.—Un dormitorio de la isla de Nou.—Rodol-
fo de Berenval.—Naufragio que cuesta caro.—El secreto
de una suela.—Al aire libre.—El muro y su revoque—
Una empresa misteriosa.*

Tres horas antes de los sucesos que hemos narrado, en
un dormitorio del penal de la isla de Nou seis deportados
dormían tumbados en sus lechos, mientras dos guardianes,
con el revólver en el cinturón, vigilaban sentados en torno
de cuatro taburetes juntados en forma de tabla y jugaban
a las cartas, bebiendo a más y mejor, en grandes vasos de
vidrio, un cierto vinillo excelente, debido a la generosidad
del cantinero de uno de los cruceros ingleses.

La partida teminaba en aquel mismo momento.

—¿Jugamos otra? —preguntó el primer vigilante.

—Juguémosla.

El otro cogió las cartas, barajó y repartió los naipes;
después llenó los dos vasos vacíos, haciendo gotear la bo-
tella, sacudiéndola para que no quedase gota de aquel
néctar.

—¡Finix! —dijo riendo, arrojándola junto a la pared.

—Hay otra.

—¡Viva! ¡Vivan los ingleses!

Los dos bebían poco a poco, con la lentitud del avaro
que no quiere consumir demasiado pronto su tesoro.

La gran lámpara colgada de la pared iluminaba con luz
velada el amplio dormitorio y hacía más inciertas y miste-
riosas las sombras encogidas en las esquinas.

El segundo guardián sorbió apresuradamente las últimas
gotas, dejó el vaso, chasqueó la lengua, masticando, y
tosió.

—Es extraño —dijo—; noto un sabor...

—¿Un sabor?

—Sí.

—¿Como amargo?

—Sí, algo amargo.

—Es el fondo de la botella —sentenció el primer vigi-
lante mirando el vino, algo turbio, contra la luz; después
vació de un sorbo el vaso y tosió.

—¡Diablo, qué porquería! —exclamó.

Levantóse y fué a coger la botella vacía, mirando hacia dentro guiñando un ojo.

—Son los posos.

—No sé.

—¿Lo dudas?

—Amigo, tengo miedo.

—Miedo, ¿de qué?

—Estos canallas...

—Ea, explicate.

—¿Cuándo trajeron las dos botellas?

—Al medio día.

—¿No había nadie?

—No.

—¿Estás seguro?

—Así me parece.

—¿Nadie ha entrado aquí antes que llegasen los presos?

—Espera..., sí; ha entrado el número 2.117.

—Sin que nadie le mandase.

—Sí; pero por pocos momentos.

—Tengo una sospecha, una sospecha terrible.

—Dila, habla.

—¿Estaremos envenenados?

—¡Ea, no te vengas con bromitas! —gritó el primer guardián paledociendo.

—¡Dios haga que sea una broma! Yo siento un sueño muy grande.

—Pasea un poco.

—No, déjame dormir; me pasará... —murmuró el otro mientras caía, con la cabeza baja, sobre los taburetes.

Su compañero le sacudió inútilmente; después, dominado por la misma sospecha, volvióse hacia los presos con gesto de amenaza.

—¡Pobres de vosotros..., pobres del...

No pudo proseguir; sintió paralizársele la lengua; que una pesadez invencible le cerraba los pápados; una fuerza imperiosa que le quitaba toda libertad de movimiento, y un gran deseo de tumbarse y dormir.

De pronto cayóse al suelo junto a su compañero, quedando sin movimiento, así como había caído, en una postura extraña, piernas y brazos abiertos, el gorro de través y los largos bigotes revueltos y llenos de gotas de vino.

Durante unos momentos hubo un gran silencio en el dormitorio; después, poco a poco, de la cama señalada con el número 2.117 se levantó la oscura figura de un galeote, con el oído aguzado, que, por fin, emitió un ligero silbido.

Rápidamente, de las cinco camas vecinas y dispuestas en la misma fila surgieron otros presos, mirando ansiosamente al número 2.117.

Este echó las piernas afuera, y recogiendo la cadena que unía el brazo izquierdo a la pierna del mismo lado, se acercó de puntillas a los dos guardianes.

La luz de la linterna iluminaba su figura, alta, vigorosa y elegante, a pesar del tosco traje de presidiario.

Llevaba la cabeza y la cara completamente afeitadas, según las normas del reglamento, y no debía tener más de treinta años.

Los ojos grandes, oscuros y profundos, daban la sensación, con sus movimientos rápidos y vivos, de una gran inteligencia y de un carácter enérgico.

Aquel hombre, que la condena por un horrible delito había convertido en una simple expresión aritmética, era el capitán Rodolfo de Berenval.

...

Los Berenval eran unos nobles de la Gascuña, los cuales, después de haber intentado la fortuna de Artagnan y de tantos otros pobres y nobles caballeros compatriotas suyos, se habían tenido que reducir, de padres a hijos, a vivir solitarios en una digna pobreza relativa, metidos en su antigua casona, desde donde habían contemplado suce-

derse, con despreciativa indiferencia, las monarquías y las repúblicas en Francia.

Rodolfo de Berenval era el último de su apellido.

Cuando nació, las cosas no habían cambiado; los pocos millares de francos del dote de su madre sirvieron para restaurar el misero castillo, que se había hecho inhabitable.

Su padre, más firme que nunca en los principios de sus abuelos, había decidido que su hijo continuase las tradiciones sedentarias de la familia.

Se engañaba.

Un día dijo a su heredero, al ver que se mostraba demasiado vivo, activo y deseoso de aventuras:

—La vida que llevas no es la conveniente para un futuro noble campesino; recuérdalo, hijo mío.

El pequeño, que tenía diez años, contestó sin vacilar:

—Yo quiero ser marino, papá.

Aquel imprevisto acto de rebelión a la voluntad paterna, desconocido en los anales de la familia, fué un gran golpe para el señor de Berenval; pero no hubo medio de hacer cambiar de idea a aquel pequeño testarudo y tuvieron que complacerle.

El chiquillo poseía ya la voluntad de un hombre.

A los quince años se le murió su madre; a los veinte años tomó el título de capitán de altura y se embarcó para realizar los viajes de prácticas.

Al regresar de su primer viaje recibió la noticia de la muerte de su padre.

Encontróse, pues, solo en el mundo.

Rodolfo de Berenval quería mucho a su padre porque se daba cuenta del sacrificio de orgullo que había tenido que hacer el noble gascón al dejarle elegir aquella ruda y peligrosa carrera, y lloró mucho su muerte; pero acabó por consolarse.

Vendió la casona, vendió las pocas y miserables tierras que constituían su herencia y volvió para siempre a sus mares, a su libertad y a sus sueños de aventuras.

Cinco años más tarde adquirió de la *Cunard line* un viejo vapor y se ponía a comerciar por cuenta propia, después de dejar asegurado su barco por una fuerte cantidad.

Un día, durante una gran tormenta, su barco fué echado contra las temibles costas de Cornwall y quedó destrozado por completo; media tripulación perdió la vida y la otra mitad se salvó a duras penas.

La Compañía de seguros, antes de desembolsar el seguro, quiso hacer investigaciones; interrogó a los supervivientes, recogió sus declaraciones y se negó a pagar.

¿Por qué?

Algunos marineros y el segundo de a bordo habían declarado bajo juramento que el capitán Rodolfo de Berenval hubiese podido salvar el barco y toda la tripulación; pero no quiso.

Resultó de ello un proceso célebre; Rodolfo de Berenval negó la acusación, pero no pudo demostrar su inocencia y fué condenado a veinte años de deportación en la colonia «por haber hecho naufragar su barco, con pérdida de personal, con el objeto de cobrar un fuerte seguro».

¿Era justa la condena?

¿No sería culpable solamente el desgraciado marino de negligencia o de grave impericia?

Sólo él sabía la verdad y siempre había negado.

¡Pero, Dios mío, son tan raros los culpables que confiesan su delito!...

...

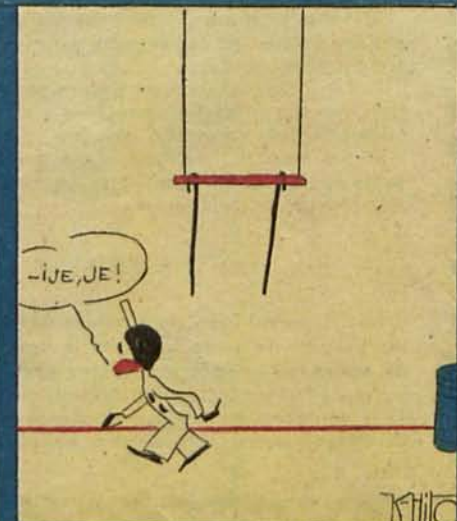
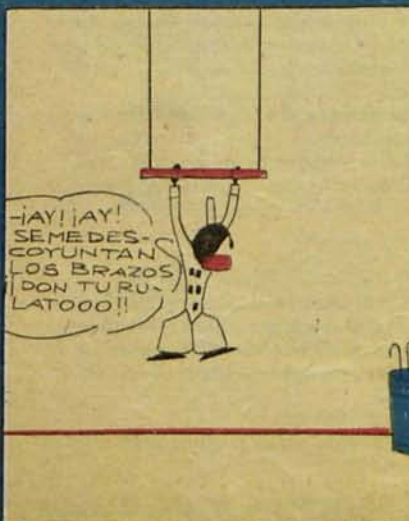
Rodolfo de Berenval, o si quereis el número 2.117, examinó durante unos instantes a sus guardianes, los sacudió rudamente para convencerse de que no se despertarían de momento, y después, volviéndose hacia sus compañeros de pena, dijo:

—¡Pronto, que es hora de obrar!

(Continuará en el número próximo.)



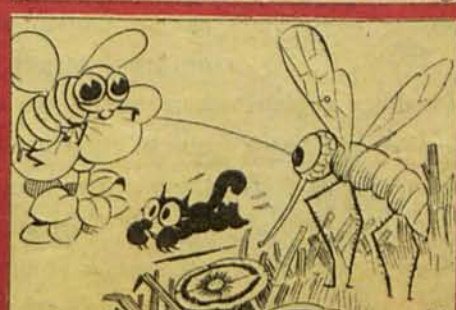
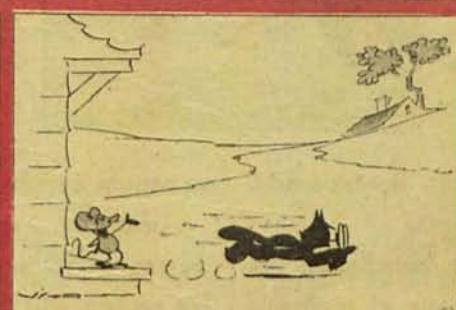
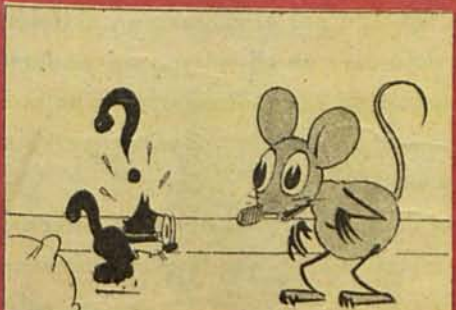
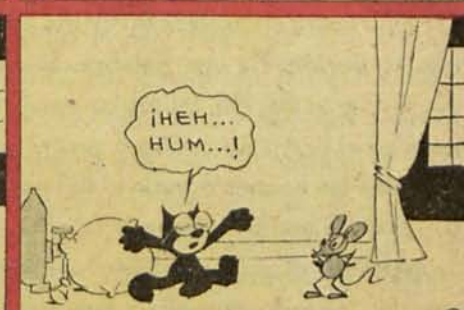
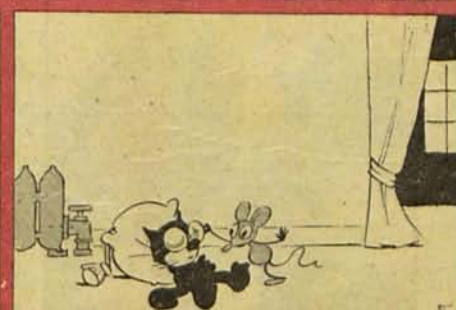
DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA



PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO



CUENTOS DE CALLEJA

EL SALVADOR DE GERTRUDIS

Castillo

TURCO era el nombre del perrito de un molino, cuyos dueños le querían mucho. El molinero tenía tres hijas, una de ellas de pocos meses, y como si por ser la más débil fuera la más necesitada de protección, el perro no se separaba del lado de su cuna. En cuanto la niña lloraba, salía *Turco* corriendo de la habitación, y, cogiendo entre los dientes el delantal de la madre, tiraba de ella hasta la alcoba de la pequeña.

Otras veces daba saltos y acariciaba a la niña como si quisiera divertirla para que no llorase. En una palabra, la pequeña Gertrudis, que tal era su nombre, tenía en el perro un cariñoso protector.

Todas las noches dormía el fiel perro al pie de la cunita, y apenas la niña se despertaba, él acudía solícito a entretenirla, jugando con ella y lamiéndole cariñosamente las tiernas manecitas.

Una noche comenzó *Turco* a aullar de un modo lastimero, y entrando en la alcoba de sus amos comenzó a tirar de las ropas de la cama de un modo desesperado.

—¡Fuera, *Turco*! —gritaba la molinera.

Pero el perro seguía en sus trece, mordiendo tan furiosamente las ropas de la cama, que el molinero llegó a sospechar que estuviera rabioso.

—Mátalo —dijo la mujer.

Entonces el molinero se levantó del lecho, y cogiendo un palo quiso castigar al animalito. Huyó éste hacia la puerta de la casa; siguióle el molinero con el propósito de hundirle las costillas de un estacazo; pero al llegar al portal, oyó un ruido que le llenó de espanto. A lo lejos sonaban las caracolas con que es costumbre avisar el peligro de una inundación.

El río, a cuya orilla estaba emplazado el molino, era de los que con frecuencia se desbordan, arrasando cuanto encuentra a su paso. Naturalmente, el molino era el paraje más amenazado por las aguas.

Aterrado el molinero y comprendiendo la inminencia del riesgo en que se encontraba, hizo levantarse inmediatamente a su esposa y se dispuso a salvar a la familia. Despertó a las niñas mayorcitas, y cogiéndolas en brazos echó a correr al inmediato monte para dejarlas en salvo. Cuando volvió, las aguas habían arrasado su vivienda, sin dejar más rastro de ella que algún trozo de pared. ¿Y su esposa? ¿Y su hija Gertrudis? ¿Qué había sido de ellas? Afanosamente se puso a buscarlas por todos lados; pero sus pesquisas resultaron inútiles. La noche era oscurísima: a tres metros de distancia no se distinguía nada. Y el infeliz molinero, agotado por el cansancio y el dolor, se dejó caer en un rincón, sin poderse consolar de la desdicha que en un momento le privaba de dos seres queridos:



su esposa amada y su querida Gertrudis.

Amanecía, y a la dudosa claridad del alba comenzó de nuevo a buscar aquellos seres que le eran tan caros. De pronto, a lo lejos, se dejó oír una voz que clamaba auxilio. Corrió en aquella dirección, y, en la copa de un árbol respetado por las aguas, divisó una forma humana: Al aproximarse con agua hasta el pecho, vió que la esposa de su corazón había encontrado allí refugio contra la muerte.

—¿Y Gertrudis? —preguntaron anhelantes los dos esposos; y al mirarse comprendieron la terrible desgracia que acababan de experimentar.

Lloraron como padres y rezaron como cristianos; en



un punto habían perdido todo el fruto de su trabajo, y lo que era más sensible, un pedazo de su corazón.

—Dios los da y Dios los quita —exclamó resignado el molinero.

—¡Hija de mi alma! —decía su esposa entre sollozos.

Así anduvieron algún trecho, cuando un sonoro laldrido llamó su atención.

—Ese es *Turco* —dijo el molinero.

Y en efecto, un minuto después acudía el perro. Pero se presentó tan empapado en agua y manchado de barro, que casi no se le reconocía.

Venía extenuado, pero muy contento; y a pesar de la indiferencia con que los amos acogieron sus caricias, tanto insistió, que al fin les obligó a que le atendieran. El animalito se marchaba y volvía de vez en cuando la cabeza por ver si lo seguían; al fin comprendió el molinero lo que aquello significaba, y un rayo de esperanza vino a animar su atribulado corazón. Voló más que corrió detrás del perro, y después de exponerse mil veces a caer en el revuelto río o a romperse las piernas, encontró a pocos pasos de la orilla, acostada sobre unas matas, a la niña pequeña, a su encantadora Gertrudis, toda llena de barro, pero viva. Cogiola suavemente en sus brazos y, loco de alegría, se la comió a besos. Y con ella y acompañado del perro, volvió hacia el sitio en que su esposa había ido a reunirse con sus otras hijas. Inútil es pintar la dicha de



aquella madre, que no sabía si llorar o reír de felicidad; y ya todos reunidos en apretado abrazo, dieron gracias al buen Dios, que les había librado de una muerte espantosa.

El perro, el leal *Turco*, iba de uno en otro prodigando a todos sus caricias, y todos les correspondían, porque

veían en él al salvador de Gertrudis. Por fin, rendido de cansancio, se tendió a los pies de su amita. A pesar de ello, tenía un aire muy placentero, como si tuviese conciencia de los hechos heroicos que acababa de realizard. Lo ocurrido fué que en el momento de sobrevenir la catástrofe cogió cuidadosamente a la niña por la ropita, y, nadando cuanto pudo, logró sacarla a la orilla. Pasados los primeros transportes, el molinero, dirigiéndose al perro, dijo:

—*Turco*: desde hoy eres el amo de mi casa. Puedes hacer lo que quieras, menos trabajar. Antes me faltará a mí qué comer que faltarle alimento y abrigo al salvador de Gertrudis y de todos nosotros.

El molinero encontró una persona caritativa que le adelantó el dinero necesario para la reparación del molino, donde en lo sucesivo se deslizaron felices el resto de su días. *Turco*, el perro leal, mientras vivió estuvo siempre al lado de las niñas, y siempre tuvo abundante comida y blanda cama; y aun cuando de viejo se volvió gruñón, jamás recibió castigo, en recompensa de su amor a la pequeña Gertrudis. La hacienda del molinero fué creciendo merced a su trabajo, que parecía bendecido por el cielo; y cuando las niñas fueron mujercitas y se casaron, se disputaron al buen *Turco*, pues todas querían llevárselo a su casa. Pero por más que hicieron todas, el perro sólo quiso marcharse con Gertrudis, a la que dedicó todos los instantes de su vida, hasta que se murió de puro viejo.

El caso de *Turco* no es raro, porque los perros son animales tan inteligentes y tan fieles a su dueño, que por él llegan incluso a sacrificar su vida. Y ahora os pregunto, lectorcitos: ¿seréis capaces de hacer daño a unos seres que son modelos de fidelidad y de cariño?

FIN



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Dime, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?
—Hoy quiero saber, querido buho, cuál es el animal más feo de todos los animales.

—Es muy difícil contestar a esa pregunta, Chononcito. En el reino animal hay seres sumamente feos y otros extraordinariamente bellos. El sapo, la araña, el camaleón, el hipopótamo, el rinoceronte y otros muchos que podría citarte son animales que rivalizan en fealdad, y sería muy difícil señalar cuál de ellos es el que, por su aspecto desagradable, tiene menos que agradecer a la Naturaleza. Eso va en gustos, querido Chonón. ¿No te parece que sería también aventurado asegurar que el caballo es el animal más bonito que existe? Te he citado este ejemplo porque para mí gusto no hay animal más bonito de línea que el caballo; pero a otros es posible que les agrade más el perro, o el pavo real, o el cisne. Todos estos animales es indudable que tienen su belleza, ¿no te parece?

—Yo me atengo al parecer tuyo, mi sabio buho. Dime cuál es el animal que para tu gusto es el más feo y aceptaré tu gusto sin la menor réplica.

—De los animales pequeños, creo que el más feo y repugnante a la vez, es el sapo, y de los animales grandes, me parece que ninguno gana en fealdad al rinoceronte. En un concurso de feos yo le daría, desde luego, el primer premio.

—¿Tú lo has visto?

—Si no lo hubiese visto no hablaría así. Tuve el gusto de verlo por primera vez en el Parque Zoológico de Londres.

—Querrás decir que tuvistes el disgusto de verlo, porque si es tan feo...

—A mí me despiertan mucha curiosidad las cosas raras, extrañas o feas, y cuando satisfago esta curiosidad, siento agrado. Puedo asegurarte que me causó mucho agrado conocer por mis ojos la horrible fealdad del rinoceronte.

—Háblame de este animal, que también has aguzado mi curiosidad.

—El rinoceronte es, después del elefante, el cuadrúpedo más grande que se conoce. Y sería tan grande como el elefante si tuviese las patas más largas. Su corpulencia es enorme. Y antiguamente aun era mayor.

—Yo no creía que el tiempo ejerciese influencia en el tamaño de los animales.

—Indudablemente muchas especies eran antes de volumen muy superior al actual. Además, también han sufrido, a través de los siglos, algunas variaciones en su conformación. El mismo rinoceronte es uno de los animales modificados.

—¿En algo más que en su volumen?

—Desde luego. Se han conocido especies de rinocerontes que tenían dos cuernos y otras que carecían de este apéndice. Los que se conocen ahora tienen un solo cuerno sobre la nariz.

—¿Muy largo?

—También en esto ha habido variación. Hubo en tiempos remotos un rinoceronte lanudo, que tenía sobre las narices un cuerno

de cerca de dos metros de largo. Los actuales tienen un apéndice que llega a alcanzar, cuando más, medio metro de largo.

—De todos modos ya es un arma respetable, porque supongo que la utilizarán en su defensa.

—Si sólo fuese arma defensiva, no sería temible, porque con no meterse con el animal estaríamos tranquilos; pero se trata de una fiera agresiva que acomete aunque no se le haga nada. Se irrita con la mayor facilidad y sufre con frecuencia accesos de furia verdaderamente horribles. En este estado ataca a los árboles más corpulentos, cuyo tronco destroza y derriba a cornadas.

—¿Y no se le rompe el cuerno?

—Nada de eso, y por cierto que es muy curiosa la resistencia de este apéndice, porque no es de materia ósea ni córnea. Es simplemente una serie de pelos o fibras retorcidas de un modo tan compacto que su resistencia es como la del hierro. También es curioso el detalle de que este cuerno no nace en el hueso del cráneo, sino que brota de la misma piel.

—Si que es extraño. ¿Y no se le cae al impulso de los golpes?

—Nunca ha ocurrido esto. Tienen el cráneo conformado de tal suerte, que en la base del cuerno nasal es mucho más duro que en el resto, con el fin de oponer el máximo de resistencia a los embates de las acometidas. En cambio puede con un cuchillo bien afilado segarse este cuerno por su raíz sin casi dejar rastro.

—Entonces este procedimiento del cuchillo es bueno para los casos de apuro, ¿no te parece? Se acerca uno al rinoceronte cuando está dormido y, ¡zas!, se le corta el cuerno.

—Y se despierta el rinoceronte, te pone una pata encima y, ¡zas! te aplasta, y adiós Chonón.

—No me habías dicho nada de las patas.

—Pues hay que temerles tanto como al cuerno. Un pisotón de un rinoceronte es una cosa muy seria.

—¿Qué hay que hacer para matarlos?

—Lo primero colocarse en un sitio bien seguro, y luego, con un rifle de mucha potencia, atacarle a sitio vulnerable, porque no hay que olvidar que la piel de este animal es durísima y no es fácil perforarla. Esta piel es de color gris sucio y está llena de hondos repliegues, donde se albergan muchos pequeños insectos y moscas que irritan y amargan el genio del animal.

—¿Y por qué no se los quita de encima?

—Porque no puede. En cambio hay un pájaro llamado «pájaro del rinoceronte» que a cambio del sustento que ello le proporciona le escarba los repliegues y le quita muchos insectos.

—Para estos pájaros es el rinoceronte una tienda de comestibles ambulante.

—Tú lo has dicho. Y el rinoceronte agradece la compañía de estos pájaros, a los que le brinda su generosa amistad.

—No veo la generosidad. Lo que veo es la conveniencia.

—Tienes razón. Y por hoy hay que dejar la charla, querido Chonón. Mira la hora que es.

—Es verdad. Se ha hecho tarde. Adiós.

—Adiós.

Cuarto Gran Sorteo de Regalos para todos los Pinochistas

Pueden tomar parte en este sorteo no sólo los suscritores, sino **todos los lectores de PINOCHO**. Los premios, como siempre magníficos, serán los siguientes:

- 1.º Un auto Citroen igual que los anteriormente sorteados.
- 2.º Una estupenda bicicleta.
- 3.º Doscientas pesetas en dinero.
- 4.º Un baúl «trousseau» de muñeca.
- 5.º Cien pesetas en dinero.

Para tomar parte en este sorteo habrá que reunir todos los cupones que publicaremos correlativamente hasta el último número de Setiembre de 1927. En dicho número se publicará una plantilla, en la cual habrán de pegarse todos los cupones publicados y remitirlos en la forma que entonces explicaremos.

Cada Pinochista tendrá que escoger su número, y los cinco Pinochistas que escojan números más aproximados a los cinco primeros de la Lotería de Navidad, serán los que obtengan los cinco premios de nuestro **CUARTO GRAN SORTEO DE REGALOS**.

Los demás detalles serán publicados oportunamente.

PINOCHO

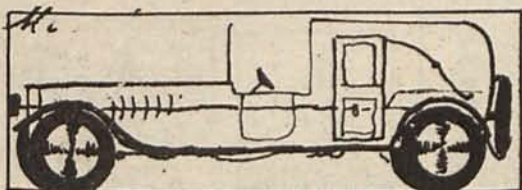
SORTEO DE REGALOS
DE NAVIDAD DE 1927

CUPÓN N.º **15**

COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE SEPTIEMBRE

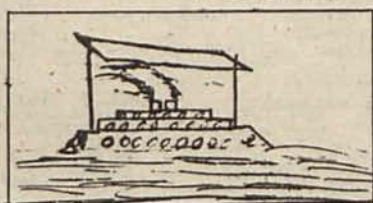
Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección, pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente.



Mi «auto». REGINO B. GIRÓN.

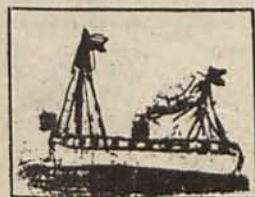


La hermana de Colorín. LOLITA DE GOROSTIZA.



Un acorazado.

M. CHAVARRI.



Un vapor. OCTAVIO ALVAREZ.



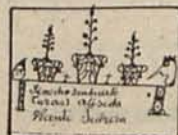
Mi gallo. JUAN GIRALT.



Mi gato. ASUNCIÓN JIMÉNEZ.



Pirula. RAMÓN JARAQUEMADA.

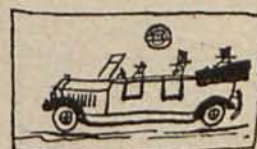


Pinocho se ha vuelto cura. VICENTE PEDRERA.



Circuito de San Sebastián.

F. LETAMENDIA.



Un «Fiat». JULIÁN ORDEN.



Mis dos gatitos.



Aléluyas al PINOCHO.

Si te quieres distraer, el PINOCHO has de leer.

De concursos está lleno por ser el premio muy bueno.

Currinche y Don Turulato hacen pasar muy buen rato.

Pues el tal Don Turulato es hombre de gran aparato.

Currinche, su compañero, negro es como un carbonero.

El barón de la Castaña es célebre en toda España.

Es Calleja un escritor de cuentos muy superior.

Y es PINOCHO, en general, semanario sin rival.

MARÍA VICTORIA SAMÁ.

A Chapete.

Muera Chapete el infernal, el más odioso, el más fatal traidor pirata del gran Chacal; el que a Pinocho hizo trasnochar para vencerle de los ataques que este Chapete a Pinocho da. ¡Gloria a Pinocho, amigo leal que sus triunfos conocéis ya! ¡Viva mil veces, muñeco genial, honra de España, tu tierra natal!

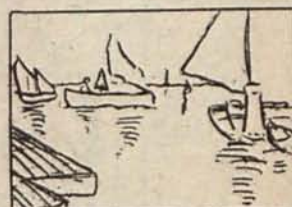
MARGARITA FUENTES.



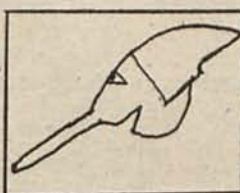
Pinedo llega a la Argentina. JORGE V. RADAELLI.



Pinocho. J. G.



Paisaje marino. MANUEL MARTÍNEZ.



Mi amigo Pinochin. LOLITA FERNÁNDEZ.



Pirula. EMILIO DE ISASA.



De visita. MANOLO LACASA.



Don Turulato y Currinche camino de la feria. VÍCTOR JOSÉ GIL.



Don Turulato. J. CHACÓN.



Escudo. SOFÍA ARREGUI.



Pirula. ALEJANDRO GORDANO.



Un bergantín. BASILIO RAMIRO.



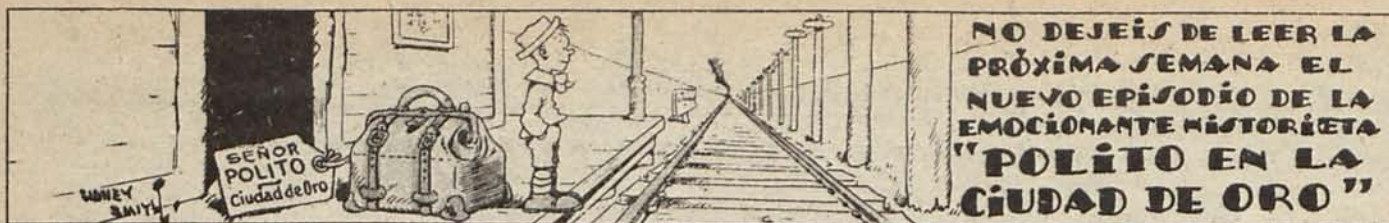
Un santuario. J. PAREDES PUCHE.



Mis amigos Cubita. ANGELES DÍEZ.



Un pez y sus hijos. MANOLITA GARCÍA.



NO DEJÉIS DE LEER LA
PRÓXIMA SEMANA EL
NUEVO EPISODIO DE LA
EMOCIONANTE HISTORIETA
"POLITO EN LA
CIUDAD DE ORO"



Andresito va al baile
con Manolita y Anita.
ANDRÉS RUIZ DE LA
ROSA.



Una maga.
AURORITA CA-
RRASCO.



Un «clown».
ELENA MATA.



Un castillo.
JOSE M.^a ALVAREZ
CASCOS.



Mi tío Barbuchas.
GUILLERMO RO-
LLAND.



Niños en la playa.
M.^a AMELIA NEYRA.



Una hada.
J. M. GISPERT.



Una parada.
J. TORRE.



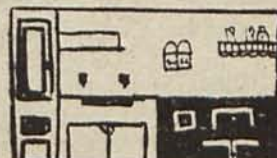
El barco de Pinocho.
INESITA CASÁS.



Mi casa y mi conejo.
ALFONSO PERALES.



El «Blas de Lezo».
JAVIER SUÁREZ.



Mi cocina.
ANGELES DIEZ.



El balandro de Pinocho.
M.^a FERNÁNDEZ BARROSO.



«León», por MERCEDES
REY.



La casa de Currinche.
SARITA BORRELL.



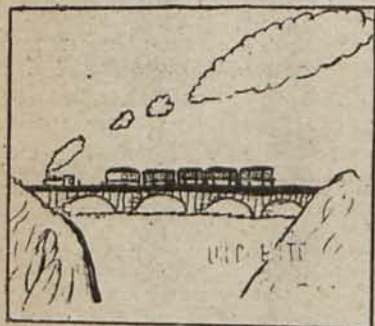
Pinocho, dueño del mundo.
FERNANDO SOTO.



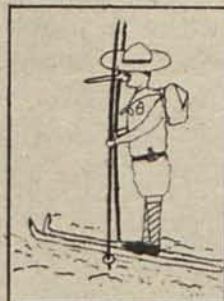
Un tarrito.
A. ARREGUI.



Mi amigo Pinocho.
JOSÉ L. URIARTE.



Un puente.
MIGUEL TORRES.



¡Vaya alpinista!
LOLÍN BALDASANO.



Carnaval.
MARIO FERNÁNDEZ.

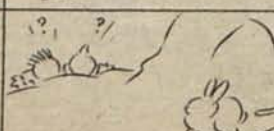
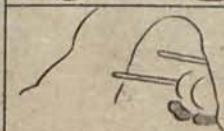


Pinocho.
PEDRO MUÑOZ.



Mi mamita, enfadada.
ROBERTO CANALES.

¿QUÉ
PINOCHISTA
QUIERE
DIBUJAR
LAS CARAS
DE LOS
PERSONAJES
DE ESTA
HISTORIETA?

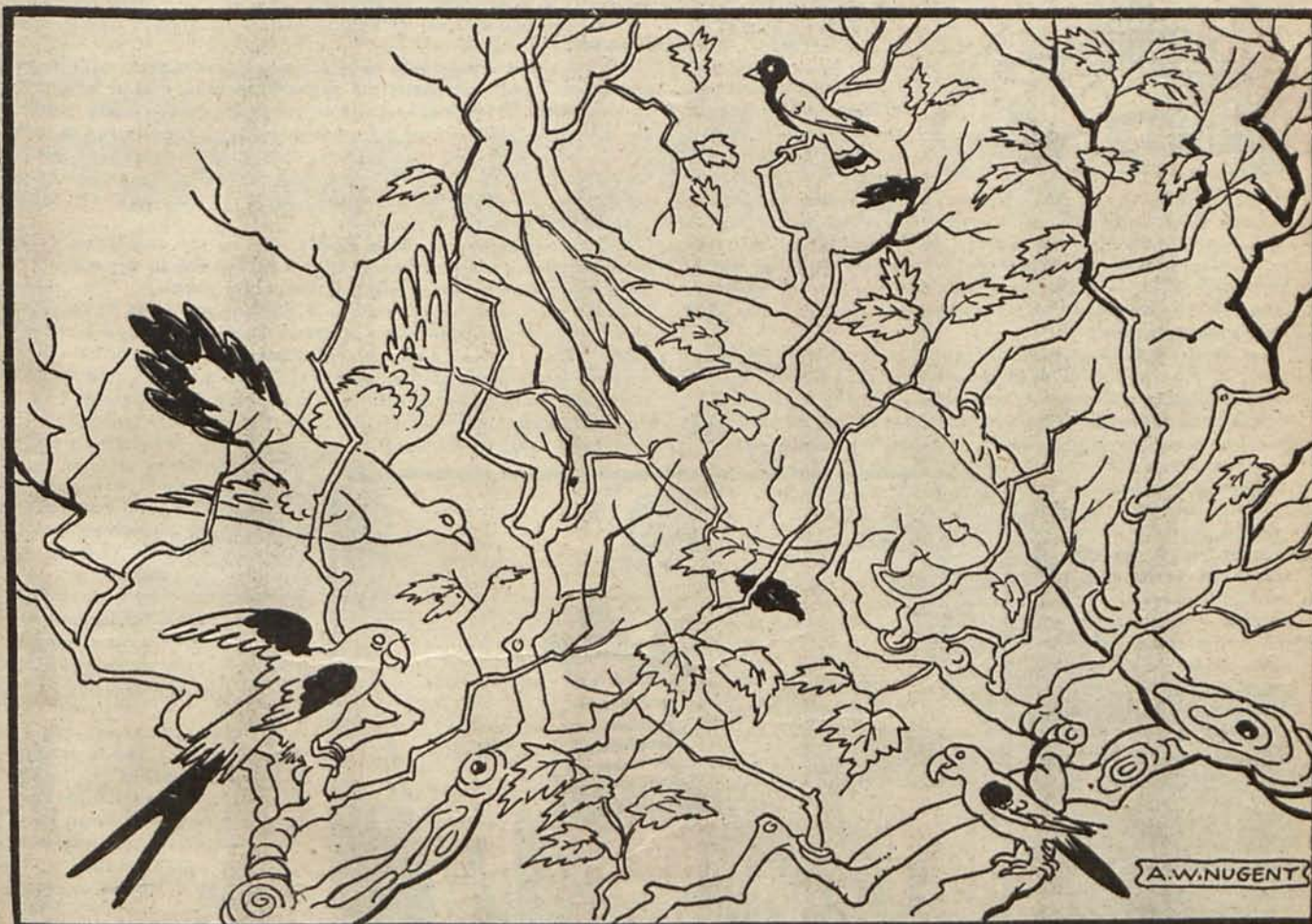


CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

DEL MES DE SETIEMBRE

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

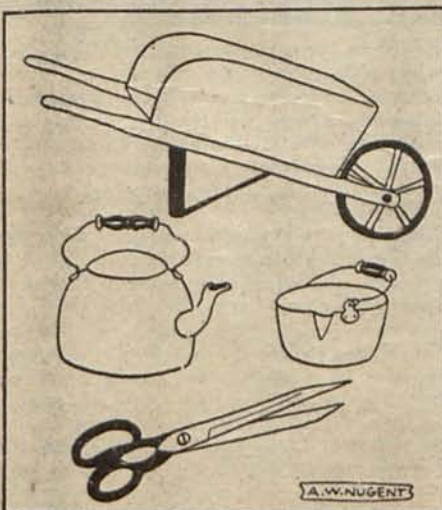
LA PÁJARA PINTA



«Estaba la pájara pinta sentadita en su verde limón; con el pico partía las hojas, etc., etc.» Así cantan las niñas cuando juegan al corro. Vosotros lo habréis oído muchas veces; a mí me lo ha cantado Pirula cuando contemplábamos este dibujo. Pues habéis de saber que de lo que se trata es de hallar en él a una pájara, o pájaro, lo mismo da, que está oculto entre el ramaje.

DIBUJO CON ERRORES

Una carretilla, una tetera, una cacerola y una tijera. Cuatro cosas bien sencillitas y, sin embargo, hay ocho errores. Uno de ellos, por ejemplo, es que la tetera tiene el pitorro fuera de su sitio, pues debería estar debajo exactamente de uno de los lados del agarrador. ¿Cuáles son los otros siete?



SUMA COMPLICADA

| | | | |
|-------|---|---|---|
| 1 | 5 | 7 | |
| | | 4 | 9 |
| 2 | | 0 | |
| 3 | 6 | 8 | |
| <hr/> | | | |
| 1927 | | | |

He aquí diez números colocados sin orden ni concierto. Vosotros, niños ordenados, los vais a agrupar convenientemente, de forma que la suma de estos números sea la que va al pie, que, por cierto, es la cifra del año en que vivimos: 1927.



Sección PIRULA

LA PELOTA DE "TEENIS" Y LA RANA DE LOS OJOS DE ORO (Fin)

.....
Dejamos a Rosita en el instante en que la rana de los ojos de oro después de decir «Y, ahora, a cumplir tu promesa», salió del agua y, ¡tapppl!, cayó en la hierba a sus pies.

Entonces, Rosita, exclamó con desdén: «¡Llévate yo conmigo a mi casa! ¡Sentarte a mi lado en la mesa! ¡Qué ilusiones!» Lanzó una carcajada, empujó a la rana con el pie, arrojándola así en la charca y echó a correr. No os extrañaréis, después de esto, que yo, avergonzada por la conducta de mi heroína, haya retardado ocho días el disgusto de referirla.

El partido de «tennis», a pesar de la pelota recuperada, terminó tristemente; Rosita jugaba pesimamente, y estaba de tan mal humor, que disputaba cada jugada, y se peleó con todo el mundo.

Llegó la hora de la cena y toda la familia se reunió en torno a la mesa en el claro y alegre comedor de la casa de campo.

De pronto sonaron en la puerta tres golpecitos muy tenues: «Toc, toc, toc», y estos tres golpes tuvieron el eco de un presentimiento terrible en el corazón de Rosita, mejor dicho en su conciencia.

—Rosita —dijo mamá—, abre, a ver quién es.

Rosita, temblando, abrió la puerta; no se había equivocado: la rana estaba en el umbral y la miraba fijamente con sus ojos de color de oro.

—Vengo —dijo— a que me cumplas tu promesa.

—¿Qué significa esto? —preguntó papá, extrañado.

Rosita, entonces, no tuvo más remedio que referir su aventura, si bien lo hizo a su manera y escamoteó cuidadosamente la última parte. La rana permaneció callada; ni la contradijo en nada ni añadió una sola palabra al relato; no se puede ser menos rencorosa.

—Bien, Rosita, puesto que has prometido, cumple —dijo papá.

¡Cumplir! Rosita se puso colorada y vaciló; pero desobedecer a su padre era cosa demasiado grave y no se atrevió a ello. Cogió a la rana y la colocó en una silla, ante la mesa, a su lado.

Luego, siguió comiendo; pero sus huevos escalfados le supieron amargos, pues mezcló a ellos unas cuantas lágrimas.

Y la rana dijo:

—Esto no es todo lo que has prometido, Rosita; ya sabes que debes darme de comer en tu plato y de beber en tu vaso.

—¡Eso nunca! ¡qué asco! —exclamó la niña.

Y, pálida de rabia, ya no se pudo contener; cogió a la rana y, con todas sus fuerzas, la arrojó contra la pared.

Sucedió entonces algo fantástico (ya os dije que mi cuento era de hadas). Fué que la rana, al caer al suelo, en lugar de quedar muerta por el golpe, se levantó... bajo la forma de un hermoso joven que no se parecía a la rana sino en el color de su traje —un traje de deporte de terciopelo verde, elegantísimo— y el color de sus ojos, que eran de oro también.

—Rosita —dijo—, soy príncipe; mi hada madrina me concedió la facultad de transformarme, a voluntad, en cualquier animal, con sólo ponerme en el dedo meñique este anillo de brillantes, que es

el que he de regalarle, el día de la boda, a la joven a quien elija por esposa, y que ando buscando por el mundo. Te vi jugando al «tennis», y aunque, por cierto, juegas bastante mal, te encontré encantadora y resolví casarme contigo.

Hizo una pausa; todo el mundo estaba anhelante; Rosita, más que nadie.

—Pero antes —prosiguió el príncipe— se me ocurrió utilizar mi don mágico para probarte; me convertí en rana, y la prueba, ¡ay!, ha sido fatal. Si tan mal tratas a un pobre animal indefenso, ¿quién me dice que tratarás bien a tu marido? Si eres ingrata con la rana que te hizo un favor, ¿no lo serás también con el príncipe que te haga rica y reina? Y si con tanta facilidad faltas a tus palabras, ¿quién me garantiza que cumplirás las promesas que me hagas cuando nos casemos? Y concluyó:

—Siento comunicarte, bella Rosita, que no me convienes y que estoy dispuesto a seguir buscando una esposa buena, agradecida y formal que sepa hacerme feliz y gobernar mi pueblo.

Dicho esto, el príncipe se quitó la gorra —una gorra de caza que hacía juego con el traje— y, con graciosa soltura, saludó a toda la familia; luego le vieron achicarse, achicarse; su cuerpo se cubrió de plumas, le crecieron súbitamente alas, su boca tomó forma de pico y, convertido en pajarito, salió por la ventana y desapareció volando y lanzando algún que otro «pi, pi, pi» bastante burlón.

Perdón, mis queridas Pirulindas; os veo enfadadas porque

mi cuento acaba mal; ya veis que la culpa no es mía, sino de Rosita, que no supo merecer un final de esos de boda y riqueza, dichas y perdices. (Tengo entendida que después de esta aventura se corrigió y se volvió perfecta, digna del mejor príncipe de la tierra; pero dudo de que se le volviera a presentar una ocasión como la que os he referido.)

Y tan mal como este cuento, acabó aquella noche la cena en el risueño comedor de la casa de campo; nadie tocó los postres, a pesar de figurar entre ellos una golosina tan sabrosa que no resisto al gusto de indicaros ahora mismo la receta.

PIRULA REPOSTERA

(Golosina de septiembre.)
Pastel de manzanas y picatostes. Primero se hace una mermelada de manzanas como sigue:

Se cogen, aproximadamente, el doble de manzanas que de personas hayan de contribuir a... su desaparición. Se mondan, se cortan en cuatro, se limpian y se meten en una cazuela con un pedacito de mantequilla, azúcar (75 gramos por ocho manzanas), un poco de vainilla, otro poco de zumo de limón y de cáscara, y una o dos cucharadas de agua, y se pone a cocer a fuego lento, agitando todo ello con frecuencia para que no se agarre. Cocida esta mermelada, conviene colarla.

El molde para el pastel se prepara de la manera siguiente:

Se hacen picatostes, cortados en forma de triángulo, y se colocan en el fondo del molde, reuniendo en el centro todas las puntas de manera que la base del molde quede enteramente tapada. Luego se hacen otros picatostes alargados, de forma corriente y de la altura exacta de los bordes del molde, y se disponen unos contra otros, alrededor, en el interior del molde. Se echa entonces en el molde la mermelada, que queda así enteramente rodeada de picatostes, y se mete el molde en el horno muy caliente.

Antes de volcar el pastel sobre un plato debe esperarse a que se haya enfriado, a fin de que conserve toda su consistencia.

